

PALABRAS DE UN OBSERVADOR

El papel de un observador es el de observar, habría dicho Jean de la Palisse, y más aún el de hacer observar, lo que es más difícil, no sólo por causa de los hombres sino también por la falta de tiempo.

Seré pues lo más breve posible: pero si no resultara muy breve, tengo dos excusas: la primera, que durante todo el Congreso he estado más bien silencioso y el P. Abad Primado me lo ha reprochado discretamente; la segunda, que es la primera vez que observadores ortodoxos toman la palabra en un Congreso benedictino.

En primer lugar, agradezco de todo corazón al R. P. Abad Primado por haberme invitado tan amablemente a asistir como observador ortodoxo a este venerable Congreso que me ha abierto muchos horizontes. Agradezco también a todos los RR. Padres y Hermanos que nos han atendido durante nuestra permanencia en este lugar,

He aquí ahora mis impresiones, las positivas, primero (aunque todo se mezcla, en general):

Me ha llegado muy hondo la homilía de apertura del Congreso pronunciada por el P. Abad Primado en la primera liturgia. Me ha parecido que esta hermosa homilía imprimía desde el primer momento en todo el Congreso una especie de sello de autenticidad espiritual y de verdad evangélica profunda.

En segundo lugar, lo que me ha llamado la atención es el cuidado y la seriedad de la búsqueda de Dios en una apertura decidida a todos los vastos y actuales problemas del tiempo presente y el sentido de la responsabilidad frente a ellos, y también la manera concreta de considerar y de tratar las cosas con una óptica ante todo pastoral. Y quien no tuviera en cuenta esta preocupación primordial de los abades, podría pensar que ellos en parte olvidaban o desistían de los principios fundamentales de la vida monástica, y podría sentirse como despiestado.

Diré además que para mí ha emanado del conjunto de los trabajos una impresión general de equilibrio. La diversidad y aun, a veces, la oposición de las posiciones se equilibraba y se resolvía prácticamente al fin con un sentido común firme, el sentido común de las Ordenes antiguas y tradicionales que, a través de borrascas y tempestades, siempre se encuentran en pie. Me parece que una especie de ósmosis entre las tendencias contradictorias contribuía a la resultante de este equilibrio.

Digo esto porque pienso que se puede referir también al terreno ecuménico: una especie de ósmosis discreta y paciente se ha operado a través de los contactos frecuentes y repetidos de las Iglesias separadas, llegando poco a poco -como lo ha mostrado admirablemente Mons. Moeller en su exposición- a pesar de ciertos puntos de endurecimiento que se yerguen aún o que se arrastran por el camino, a un gradual acercamiento en profundidad.

Es que, en definitiva, las espiritualidades oriental y occidental son más bien complementarias que opuestas o divergentes. Yo diría aún más: mirando las cosas más de cerca, se encuentran en ambas espiritualidades casi todos los elementos, pero cada Iglesia acentúa ciertos aspectos con preferencia a los otros. Y es suficiente, por otra parte, que cada aspecto sea vivido, pero con verdad, en su inspiración primera, decantado de toda exageración u osificación, de toda fijación, jurídica o de otra clase, para que formen en su conjunto una armonía de discernimiento y plenitud.

Ahora haré una observación: orar juntos es lo que posibilita mejor la ósmosis de que acabo de hablar y por consiguiente hubiera sido oportuno prever una o varias liturgias ortodoxas a las cuales podrían haber asistido los abades que lo hubieran deseado; así se hacía en los encuentros ecuménicos de los que me ha sido dado participar.

Otra observación: el libro preparado para el tema principal del Congreso, “La experiencia de Dios en la vida monástica”, comprendía un notable estudio del P. André Louf sobre el arrepentimiento, la “compunción del corazón”. Pues bien, esta compunción apenas ha sido tenida en cuenta en los trabajos del Congreso. Y sin embargo, bien podría decirse que es ella quien “hace” al monje. Ese arrepentimiento, sentimiento doloroso y apacible de nuestra miseria frente a la santidad y a la misericordia de Dios, es la clave de la vida del monje -por decirlo así- y de su experiencia de Dios. El *Staretz* Silvano, del Monte Athos, muerto en 1938, vivía en una especie de infierno a causa de sus pecados hasta que Cristo se le apareció y le dijo: “Mantén tu espíritu en el infierno y no te desespere...”.

Me ha parecido, por otra parte, que la manera de considerar los problemas de la vida monástica, la “perspectiva” general del Congreso era estática más bien que dinámica. Pero la exposición final del P. Abad Huerre ha salvado un poco eso. Sólo la concepción dinámica puede dar cuenta de la vida del monje, y esto con referencia a todos los temas y subtemas tratados en el Congreso. Diádoco de Foticea, obispo del siglo V, dice que la pobreza (por ejemplo) consiste en tener la voluntad de desapropiarse de todo con el mismo ardor que de ordinario se pone en poseer. El voto de pobreza no es “ser pobre” sino “volverse pobre” incesantemente, despojarse, a imagen de Aquel que se “anonadó” por nosotros, dice la Escritura.

El “estilo de vida” monástico es un movimiento más bien que un estado. Así lo concibe el mismo san Benito en su expresión “buscar verdaderamente a Dios”. Toda la vida monástica está bajo el signo de esta búsqueda -partida y ruptura. “Ven”, dice el Señor a la Amada del Cantar de los Cantares. “Atráeme en pos de ti y correremos”, le responde ella. “Sígueme”, dice Cristo. Es la *epéctasis* de san Pablo: “Olvido lo que dejé, atrás y corro hacia lo que está delante”. Es el perpetuo comenzar de Gregorio de Nisa, pues a Dios no se lo puede atrapar y su vida no tiene fin.

Y entonces el “celibato” ya no es el voto de no tomar mujer sino el de tornarse *monachos*, *monos*, es decir, unificado con Dios, uno con Él. “Yo y el Padre somos uno”. La obediencia es la escucha filial de todo el ser, la fidelidad del “Amén” de Cristo, hasta la muerte. El trabajo es superado por lo que se ha dado en llamar el “juego”, el desapego de los “servidores inútiles”: “ya no os llamaré siervos sino amigos...”. La paternidad, más que paternidad es un “engendrar”, una filiación de la vida. Y el mundo actual que se rebela contra el paternalismo, y se halla como perdido por estar sin Padre, tiene, por el contrario, necesidad de carismas, de verdadera paternidad. En cuanto a la soledad, ella se torna una necesidad de “emigrar” sin cesar hacia el Padre, según la expresión de Evagrio Póntico, pero acogiendo en Él a todos y a todo, no sólo a los hombres sino también a la naturaleza y a los animales, rogando dice Isaac de Nínive, por los reptiles y por Satanás también. La Regla deja de ser un conjunto de ordenanzas, para convertirse en un “filón”, una tradición viva que comenzando en san Antonio el Grande y san Pacomio, es continuada por san Basilio, san Benito, etc... y los demás, luego por nosotros y que, después, será prolongada por los que nos seguirán. La plegaria es el sacrificio de alabanza, de expresión de nuestra admiración ante la Belleza y la Santidad de Dios como aspiradas por Él: “Ven hacia el Padre” murmuraba el Espíritu en san Ignacio de Antioquía, el mismo Espíritu que clama en nosotros “*Abba*, Padre”.

Pero todo esto, ese continuo éxodo y esta continua superación, esa escatología que pone en todo su dinamismo -más bien que la reglamentación que inmoviliza-, todo eso, sin embargo, se efectúa en la estabilidad bien conocida también en la Orden benedictina, Y a este respecto pienso en la vida de Moisés comentada por Gregorio de Nisa: Moisés sufre la nostalgia de Dios

y no puede verlo pues “el hombre no puede ver a Dios sin morir”; entonces, Dios le tapa los ojos con sus manos y luego pasa delante de él. Moisés ve a Dios de espaldas, dice la Escritura, lo ve pasar. Pero primero, Dios puso a Moisés “en el hueco de la roca”, en la estabilidad de la roca. Pues sólo en la estabilidad, en la paciencia, cuarto voto monástico que preserva a los otros (cuarto clavo que mantiene al monje clavado en la cruz) se obra la “divinización”, de la cual sólo habló Mons. Moeller. Únicamente en la estabilidad de la paciencia (morada del Espíritu) se produce esa operación “creadora” que transforma poco a poco al hombre y lo diviniza. Me gustó mucho la intervención de la Rvda. Madre benedictina que habló de la manera habitual, normal, casi inconsciente pero asequible para los otros, de vivir a Dios, día tras día (lo que excluye tal vez el fenómeno “carismático”). San Pablo en la segunda Carta a los Corintios evoca esa transformación paciente y gradual del hombre exterior que se desmorona día tras día mientras el hombre interior se acrecienta con un peso de gloria. Nosotros, que contemplamos el rostro de Cristo, imagen del Padre, somos transformados de gloria en gloria en esa misma imagen. Si arrojamos de lo más recóndito de nuestro corazón la malicia humana (las pasiones) llegamos a ser “una nueva creatura” en Cristo, “Lo antiguo pasó: ¡he aquí que todas las cosas son nuevas!” Es el aspecto sacramental sobre el cual insiste la espiritualidad oriental, la muerte-resurrección progresiva vivida desde ahora en la tierra, según lo expresa san Juan Clímaco. Es la Presencia prácticamente permanente de Dios en nuestra vida, o la “*anamnesis* eucarística” por la invocación del Nombre del Señor en la oración de Jesús. Este Nombre divino que es la “unción” del Espíritu Santo, primer subtema tratado en el Congreso. “Tu nombre es óleo derramado”, dice el *Cantar de los Cantares*, una unción derramada. Es el don del Espíritu que permanece en nosotros y brota desde el interior como profetismo de vida, vivido.

Una última observación: La Virgen María ha estado ausente del Congreso. Y, sin embargo, ella, la *Theotokos*, es quien más ha “experimentado” a Dios, y por consiguiente, debe ser nuestro modelo. Muchos Padres han dicho que, a su ejemplo, debemos nosotros también dar a luz (espiritualmente) a Cristo.

Una última cosa, bastante delicada de decir: me ha parecido entrever, en la manera como el P. Abad Primado dirigía el Congreso, lo que podría ser el Papado a los ojos de un ortodoxo: desde el punto de vista jurídico, carente de poder alguno; pero prácticamente, una presidencia de amor que lo hace todo.